



GLORIA A DIOS EN LAS ALTURAS...

La Nochebuena del pantano

UNOS se callan porque viven y otros se callan porque esperan. Estaba resignada sobre la vortiente una ringlera de hombres. Uno miró el reloj contra la luna y dijo: —Las nueve, esta noche es Nochebuena. Otro aplastó entre las manos una bolsa vacía. Yo he pensado mucho en aquel estallido elemental. He visto otros en noches de fiestas que traen el color y la alegría a los ojos. Este trajo serenidad. Quedó todo de nuevo en silencio. A veces se escapaban de entre los pies piedrecillas. Abajo, muy hundido, el Dueño. Se levantaron y entraron en uno de los casetones blancos. Estaban sobre las literas, tendidos, los hombres. Se ofrecían botellas de vino. Se cruzaban las palabras entre la geometría de las literas. Juan, un cacereño, estaba ya medio borracho. Se había incorporado. —Es natural, somos lo peor, el deshecho del mundo, el deshecho de España. Claro que yo tengo mis planes. Quizá salir fuera. Entraron los del último turno. Traían polvillo blanco sobre las cejas y los hombros. Se lavaban y volvían a ponerse la misma ropa o alguna chaqueta de pana y una gorra limpia. De todos los casetones salían grupos de hombres a cenar.

Acompañaban las canciones con los platos de aluminio y las cucharas. Había una larga cola. Un cocinero se asomó a la puerta de la cocina. (Sigue en novena plar...)

TEXTOS: BERNARDO DE ARRIZABALAGA JOSE J. LOZANO CARLOS CAMPOY MANUEL A. LEGUINECHE CESAR A. DE LOS RIOS



LA NAVIDAD Y MI NAVIDAD

LA Navidad me trae las vacaciones más entrañables del año. Esta decidida. Saldré en el tren de las tres y media de la madrugada. He puesto un telegrama a casa: "Llego a las nueve". Carlos me ha recordado que no puedo presentarme sin un regalo en la mano. Le he hecho caso con obediencia de hermano menor y hacemos las compras juntos. No hay Navidad sin regalos. También me he acordado de la señora Juliana. Saltaba a la vista que la buena mujer que me arregla el cuarto lo ha agradecido. En la redacción don Emilio me da la última noticia del teletipo: mis conciudadanos están a cinco grados bajo cero. Pronto me tocará arrear con la ganancia. He arreado con las maletas. Se nota el peso de los libros de Historia, de Arte, de Geografía. Alfonso me ha dicho que me acompaña. Le digo que es muy tarde. Es inútil; no he logrado convencerle. De camino a la estación, el "smog" vauiloleto, la niebla densa afila sus armas a las tres de la mañana. La estación palpita de gente que se apresura al conjuero de los altavoces. "Tren expreso procedente de Madrid, con destino a... Andén primero, vía primera, próximo a llegar". También la Navidad se acerca y hay soldados con bolsas de tela al hombro que trabajan en busca del tren que les llevara de permiso. En los andenes hay gente que saluda a los que van a partir. La palabra adios pierde el monopolio en estos días prenavideños. Ahora hay otras cosas que decir. Felices Pascuas, Próspero Año Nuevo... Felicidad, prosperidad. Pasemos por la estación. Hablo con Alfonso de la Facultad, de los amigos comunes, de los exámenes. Mi tren llega por fin a las cuatro. Con media hora de retraso. Le doy las gracias a Alfonso por haberme acompañado, a pesar de la hora y el frío. "No seas bobo", me dice. Me ayuda a subir las maletas y le digo otra vez que felices Navidades, que felices vacaciones y que muchas gracias (Sigue en novena plana.)

Nochebuena y Navidad

ESCRIBO estas líneas literalmente apoyado en los impresos que debo llenar para obtener un billete colectivo de tren a favor de medio centenar de niños. Ire con ellos en la expedición navideña. Una vez entregados esos pequeños a sus respectivas familias, humildes en su totalidad, volveré a pasar la Nochebuena con otros chicos, más numerosos, que no tienen posibilidad de celebrarla con los suyos. Bien sea porque no tienen "suyos" en este mundo, bien porque su madre está sirviendo, o por carecer de hogar o por falta de medios para un largo desplazamiento. Presento que mi Navidad de este año va a tener especiales matices de cristianismo. Y desde ahora me identifico afectivamente con esa inmensa y anónima legión de los que, en la fiesta hogareña por excelencia, se van a sentir desarraigados y solos en todos los continentes del planeta. Pienso en los que han planeado aprovechar la Navidad para jugarse de la zona oriental de Berlín. En los que se venían obligados a combatir precisamente en la noche de la paz. En los que deberán estar listos, con los casacaes de los paracaídas ajustados, junto a los grandes bombarderos atómicos. En los de Goa, Katanga, Angola... Y, sin ir tan lejos, en los mendigos, los atanos, los vagabundos, que abren una lata de sardinas bajo el puente, sin más compañía que la del perro fiel. Mas cerca aún de nuestra humeante y surtida mesa navideña, el mundo de los enfermos, los serenos, los vagabundos nocturnos de las centrales eléctricas, los ferroviarios, los enfermeros... Solemos identificarnos, demasiado superficialmente, la Navidad y la Nochebuena. La Nochebuena, en el accidente y en la efervescencia, en esta algarabía de todos los hombres. La Navidad, es cam-

LA NOTICIA DE NAVIDAD

NOS hemos reunido los compañeros a tomar una copa en la misma redacción del periódico. Lo hacemos todos los años. María Luisa se encargó de prepararnos esta pequeña fiesta, y así celebramos, horas antes, esta gozosa ocasión de la Navidad. Mañana no habrá periódicos. Es una suerte que la Nochebuena coincida con el domingo. Por primera vez desde que estoy casado, voy a disfrutar íntegramente de la fiesta con los míos. Ya somos, gracias a Dios, cinco en mi casa. Cinco con muchas ganas de vivir. El teletipo ha sido solemne y gozoso hasta el amanecer. No quedan ya más noticias en el aire que la de la Navidad. Es como si el mundo se hubiera quedado quieto, en silencio, para escuchar al menor viento de Belén. Ha cesado la guerra, troncada de la información. Hoy vivimos una tregua de Dios. Esta noche es Nochebuena. Después de abrazar a mis compañeros me he marchado a casa. Por la calle, helada a estas horas, me he encontrado con el sereno en el quicio de mi portal y he fumado un pitillo con él, antes de subir. —No vas a cenar en casa? —Le pregunto. —En hora tarde. Esta noche hay muchas gamberros y mucha se sabe lo que puede pasar. —Vamos, este a casa y deja por esta noche a los gamberros. Suba corriendo a casa, allí hay música navideña; mis hijos y mis sobrinos corren y saltan en torno al nacimiento natural que ha colocado mi mujer en el cuarto de estar. Uno de mis hijos se cuelga de una parrilla a romper entre sus impaciencias. Hilillos de oro y cintas multicolores forman un collage de fantasía para sus ojos infantiles y luminosos. A las once de la noche han llamado mis padres por teléfono. Hemos hablado todos. Mis hermanos, cada cual en un rincón de España, también llaman. Se establece una corriente de evocaciones y nostalgias entre todos. Los niños han empezado a cenar en una batalla de dulces, meladillas y turrones. Al fin se acostan rendidos después de cantar villancicos al niño de papel del nacimiento. Los mayores hemos cenado después alegremente. Nada perturba estas horas de paz y entrañable. Después vamos a misa a la parroquia. Y allí, en el silencio de la oración, voy pensando en mis deseos para mí, para los míos, para todos. En los que están aquí, en los que están lejos, en los que viven en los que sufren, en los que aman y en los que adoran. Pero esta noche es Nochebuena, y esto lleva todo. No hay nada que añadir a la grandeza de este milagro de la alegría, de la felicidad que ronda estas horas en todos los corazones.



La NAVIDAD de cada uno

LA conmemoración del nacimiento de Dios como un hombre más entre los hombres sigue extendiéndose por este mundo como una corriente de alegría y amor. Toda una montaña de regalos suntuosos, de cosas sencillas o espectaculares, llamativos, se van acumulando en el seno de muchas familias que los ojos de los niños buscan los ojos de Dios. Un infante acostado en la más pobre de las camas. Y que los mayores, los que han dejado de ser niños, pero no han perdido toda la infancia, la sientan subir este día de la Nochebuena desde lo más profundo y más puro de sus corazones. Tradicionalmente hasta la interna máquina de la guerra se paraliza en esta noche, y lástima es que al día siguiente recomienzan las hostilidades, porque lo que es verdad esta noche, lo que se ve a la luz clara de este día en que se va a ser niño, sigue siendo verdad siempre, y no debemos renegar de ello jamás: que en este Niño todos los hombres debemos encontrar, por diferentes que sean nuestras situaciones, fortunas, amores, afanes, trabajos, inteligencias. Y en este Niño, conscientes, sobre todo, de los dos fundamentales problemas del mundo: el hambre y la paz, nuestra mirada va de la cuna de Dios a los hombres que sufren y también a esos otros que son felices. Ojalá que todas las familias y los solitarios del mundo entero tuviesen esta noche, ante su cena de excepción o ante su pobre rebojo de pan esta oración del Abbe Pierre para antes de comenzar las comidas: «Señor, ayúdanos a preparar el pan a los que tienen hambre, y luego ayúdanos a dar hambre a los que tienen pan; es decir, no solo a darles apetito, sino a dar el corazón de los que tienen pan al pensar en los que no tienen nada! ¡Solamente así nacerá la paz!» Y mirando al establo, a la vez que a los hombres que nos rodean, es como han nacido estas cinco historias de Navidad, la Navidad de cinco hombres, que es la de miles de otros hombres, la Navidad de Dios para cada hombre.

Una legión de ángeles

Es la primera Nochebuena que paso solo y nunca pude soportar que a mis treinta y cinco años la soledad pudiese pesar tanto ciertos días. Hace dos meses que ha muerto mi madre—mi padre murió a la vez que mis dos hermanos en un accidente de automóvil hace seis años—y me he quedado solo en este mundo, y hoy me temo que el recuerdo de ella susurra, como diría Mauriac, me muera el corazón precisamente esta noche de alegría. Esta tarde estuve mudando las sábanas del altar, poniendo las mejores ropas en él y sacando para esta noche los mejores ornamentos, mientras un grupo de chicas reducía los candelabros y daba cera al piso del presbiterio, de tarima ya muy carbonada. El Belén lo terminamos esta mañana. Me han ayudado los chicos de la catequesis y el señor Emiliano, que es el hombre más pobre del pueblo y al que reservo por eso las mejores fiestas de la Iglesia: Navidad, Jueves Santo, etc. El me ha traído el musgo, secan y trozos de roña y me ha colocado la tela azul que hace de cielo, aparte de haber dado su opinión sobre la colocación de ciertas figuras. Luego hemos merendado juntos. He observado que los chicos le miraban con recelo, como le miran en todo el pueblo y como yo mismo miraba a los pobres antes. Porque los pobres como los santos tienen no sé qué de desagradable e incómodo para los demás, y es como si en ellos la gracia se tocara con las manos, como si se sintiese la vecindad de Dios; y ya se sabe que Dios es terrible. A última hora he estado confesando y luego me he bajado un rato al café de Esteban hasta la hora de la cena. En el café todo era alegría volingiera. Se jugaba a las cartas y se bebía coñac porque aun día es un día. Y vistas las cosas desde fuera cualquiera diría que esto no tiene que ver nada con el espíritu de la Navidad, pero yo conozco a mis felices y estoy seguro de que en el fondo sabrán por qué se alegran. Algunos de ellos irán a misa esta noche y otros muchos no irán, sino que se quedarán aquí en el café o en las tabernas cantando y hasta sburreados, pero esto no lo hacían ayer ni lo hacen en cualquier época del año; sólo estos días porque es Navidad, y todo eso de alguna manera es un homenaje al Niño Jesús. Dios conoce bien a los hombres, sus sentimientos, sus ideas, muchas, pocas o ninguna, su herencia, sus circunstancias personales todas, su vida entera, y El sabe que si el Luisito escoge esta noche una borrachera mayor que otros días, en él se basta una manera de rezar. En las «Cantigas» de Alfonso el Sabio, se cuenta que un bufón hacía bufonadas y daba saltos ante la Virgen porque no sabía hacer otra cosa, exactamente como el Luisito no sabe hacer otra cosa que emborracharse. Es difícil, pues, juzgar, pero ¡ojalá que hubiese en Londres, París o Madrid muchos corazones como el de este noble bruto, que jamás pisó la escuela y casi nació en una taberna! Me tienen más intranquilo algunos líos de faldas ya he ultimamente y de los que me enteran con puntualidad las «devotas» del pueblo. Pero para que se edistragan en amar a su prójimo en vez de en criticarlo y hacerse las santas, las que encerrado de que no me defen una casa sin comida ni ropa todo el año y sin extraordinario estos días, sin Reyes a los chavales. De otro modo, ¿cómo consultar una noche como ésta? ¿Qué significaría la hermandad de los hombres más que una burla sangrienta? Continúo ahora a la una y media de la madrugada. Cuando estaba escribiendo antes llamaron a la puerta y la casa se me llenó de gente. Querían llevarme a cenar cada uno a su casa y, por fin, hemos cenado aquí en mi casa casi veinte. Todos han leído cosas y he sido París o Madrid muchos corazones como el de este noble bruto, que jamás pisó la escuela y casi nació en una taberna! Me tienen más intranquilo algunos líos de faldas ya he ultimamente y de los que me enteran con puntualidad las «devotas» del pueblo. Pero para que se edistragan en amar a su prójimo en vez de en criticarlo y hacerse las santas, las que encerrado de que no me defen una casa sin comida ni ropa todo el año y sin extraordinario estos días, sin Reyes a los chavales. De otro modo, ¿cómo consultar una noche como ésta? ¿Qué significaría la hermandad de los hombres más que una burla sangrienta? Tengo sueño, pero continúo tarareando villancicos.



Y paz en la Tierra a los hombres de buena voluntad.

EL CABALLO DE TROYA